

HOMENAJE

EJERCICIOS DE FE E IMAGINACIÓN

Leonard E. Read*

Los siguientes trabajos se apartan del esquema de análisis propio del ensayo. En el primero —Toda Persona Debiera Ser Libre— el autor elabora un listado de oportunidades y opciones unidas al concepto de libertad. Se trata de once prerrogativas que Read planteó en la forma de sentencias el año 1954.

El segundo trabajo —Yo, un Lápiz— fue publicado en *The Freeman* en 1958 y se refiere a los esfuerzos, experiencias, insumos, habilidades, capitales y tecnologías que concurren a la fabricación de un modesto lápiz de grafito. Este recuento permite al autor destacar las ventajas de una economía y un orden social libre, dinamizado por la articulación de un enorme caudal de iniciativas individuales, al que cada cual concurre con el aporte de sus propios conocimientos y ventajas. Ambos textos son sumamente representativos del estilo y del modo de pensar característicos de Read.

Toda Persona Debiera Ser Libre

. . . para materializar su ambición hasta donde le permitan sus capacidades, y por encima de consideraciones raciales, religiosas y familiares.

para asociarse con quien le plazca por la razón que le plazca, aun cuando otra persona opine que es una razón estúpida.

* Fundador y presidente de The Foundation for Economic Education. Autor de muchos libros, entre ellos, *Accent on the Right*, *Castles in the Air*, *The Coming Aristocracy*, *How do we Know?*, *Thoughts Rule the World*. *Estudios Públicos* edita estos breves textos en homenaje a la memoria de Leonard E. Read (1898-1983).

. . . para adorar a Dios a su propio modo, aun si no es un modo "ortodoxo".

. . . para elegir su propio oficio y para postular a cualquier trabajo que desee, y también para renunciar a su trabajo si no gusta de él o si recibe un ofrecimiento mejor.

. . . para iniciar negocios por su propia cuenta, para ser su propio jefe, y para fijar su propio horario de trabajo, aun si sólo son tres horas a la semana.

. . . para emplear su propiedad honradamente adquirida o los ahorros que posea del modo que desee: gastarlos insensatamente, invertirlos con sabiduría e, incluso, donarlos.

. . . para ofrecer sus servicios o sus productos en venta en sus propios términos, incluso si pierde dinero en la operación.

. . . para adquirir o dejar de adquirir cualquier servicio o producto ofrecido en venta, aun si el rechazo desagrada al ofertador.

. . . para estar en desacuerdo con cualquier otra persona, aun cuando la mayoría esté de parte de esa otra persona.

. . . para estudiar o aprender lo que le venga en gana mientras le parezca valer el costo y el esfuerzo de estudiarlo y aprenderlo.

. . . para hacer lo que le plazca en términos generales mientras no lesione el mismo derecho y oportunidad de cualquier otra persona para hacer otro tanto.

Lo arriba señalado es, muy concisamente, el modo de vida que encomienda la filosofía libertaria. Significa que ningún individuo recibirá privilegios especiales de parte del gobierno. Es el camino de la libertad individual, del mercado libre, de la propiedad privada, del gobierno limitado a garantizar estos derechos en forma equitativa para todos.

Yo, El Lápiz

Yo soy un lápiz de grafito, aquel conocido lápiz con el que están familiarizados todas las niñas y todos los niños —y todos los adultos— que saben leer y escribir.*

* Mi nombre oficial es "Mongol 482". Mis muchos ingredientes son ensamblados, fabricados y terminados por la Eberhard Faber Pencil Company, Wilkes-Barre, Pennsylvania.

Escribir constituye tanto mi vocación como mi pasatiempo: es todo lo que hago.

Ustedes podrán preguntarse por que debiera yo escribir mi genealogía. Bueno, para comenzar, diré que mi historia es interesante. Y, en seguida, yo soy un misterio, mayor que un árbol o que una puesta de sol o, incluso, que un relámpago. Pero, desafortunadamente, aquellos que me usan me perciben como un hecho natural, como si yo fuera un mero incidente, carente de trasfondo. Tal actitud altanera me relega al sitio de los lugares comunes. Se trata del género de penosos errores en que la especie humana no podrá persistir por demasiado tiempo sin correr peligro. El sabio G. K. Chesterton observó que, "perecemos por falta de asombro, no por falta de milagros".

Yo, el lápiz, con todo lo simple que parezco, merezco vuestro asombro y admiración, pretensión que intentaré respaldar con pruebas. En efecto, si son capaces de comprenderme —no, en realidad eso es demasiado pedirles a las personas—, si ustedes pueden llegar a darse cuenta del milagro que simbolizo, podrán también contribuir a salvar aquella libertad que la especie humana está perdiendo de modo tan desgraciado. Tengo una profunda lección que enseñar. Y yo puedo enseñar esa lección mejor todavía que un automóvil o un aeroplano o un lavalozas automático porque, bueno, porque aparentemente soy tan simple.

¿Simple? Sin embargo, ni una sola persona sobre la tierra sabe cómo hacerme. Eso suena fantástico, ¿verdad? Especialmente cuando uno se da cuenta de que sólo en los Estados Unidos se fabrican cada año mil quinientos millones de mi especie.

Recójame y obsérveme. ¿Qué es lo que usted ve? No es mucho lo que se manifiesta al ojo: hay un poco de madera, de barniz, de sobreimpresión, de mina de grafito, un poco de metal y una goma para borrar.

Innumerables Antecedentes

Tal como ustedes no son capaces de volver demasiado atrás en sus árboles genealógicos, tampoco yo puedo nombrar y explicar todos mis antecedentes. Pero me gustaría sugerir una cantidad suficiente de ellos para que ustedes puedan captar la riqueza y complejidad de mi trasfondo.

Mi árbol genealógico de hecho comienza en aquello que efectivamente es un árbol, un cedro de grano recto, característico de California del Norte y Oregon. Veamos ahora todas las sierras y camiones y cuerdas y las múltiples otras máquinas empleadas en cortar y luego transportar los troncos de cedro hasta la estación ferroviaria. Pensemos en todas las personas y las innumerables capacidades que fueron necesarias para su fabricación: la extracción del hierro, la fabricación del acero y su posterior transformación en sierras, hachas, motores; pensemos en el cultivo del cánamo y en todos los procesos

industriales necesarios para convertirlo en una resistente cuerda: pensemos en los campamentos de trabajadores madereros, con sus dormitorios y casino, su cocina y la preparación de las comidas. Porque —cuidado— fueron miles las personas que intervinieron en la preparación de cada taza de café que bebe un maderero.

Los troncos son transportados hasta una fábrica en San Leandro, California. ¿Pueden ustedes imaginar a los individuos que fabrican carros de transporte de plataforma, rieles y locomotoras, y que construyen e instalan los sistemas de comunicación que inciden en este proceso? Esas legiones se hallan en mis antecedentes.

Veamos la planta de San Leandro. Los troncos de cedro son reducidos a pequeñas tablillas del largo de un lápiz y de menos de un cuarto de pulgada de grosor. Dichas tablillas son secadas en hornos y luego teñidas, por el mismo motivo por el cual las mujeres ponen colorete en sus mejillas. La gente prefiere que yo me vea hermoso, no pálido y desaliñado. Las tablillas son enceradas y nuevamente secadas al horno. ¿Cuánto conocimiento fue necesario para la fabricación del horno, del colorante, la entrega de calor, de luz y de energía, para la fabricación de los motores y todos los otros implementos de los cuales requiere una fábrica? ¿Están los barrenderos de la fábrica entre mis antepasados? Desde luego, al igual que los hombres que vertieron el hormigón para la construcción de la represa de la Pacific Gas & Electric Company, que surte de energía a la fábrica.

¡Tampoco pierdan de vista a mis antepasados presentes en el transporte de sesenta carros ferroviarios de tablillas a través de toda la nación, de California a Wilkes-Barre!

Maquinaria Compleja

Una vez arribada a la fábrica —cuatro millones de dólares en maquinaria e instalaciones, capital acumulado gracias a la acción de los parientes esforzados y ahorrativos que tengo— cada tablilla pasa por una compleja máquina que le cala ocho ranuras, después de lo cual otra máquina inserta minas en cada una de las ranuras, para luego aplicar pegamento y colocar otra tablilla encima, con lo cual se forma un emparedado de minas, para así decirlo. Siete hermanos y yo somos mecánicamente tallados de dicho emparedado de madera.

¡Vaya que es complejo hablar de la mina en mi interior! El grafito es extraído en Sri Lanka (ex Ceilán). Pensemos en aquellos mineros y en los que hacen sus muchas herramientas, también en quienes fabrican los sacos de papel en que se embarca el grafito, y en aquellos que fabrican el hilo con que se cosen los sacos, en aquellos que llevan los sacos al interior de las naves. . . y en quienes hicieron las naves. Incluso, los guardafaros en la ruta del grafito participaron en mi nacimiento, al igual que los pilotos de los puertos.

El grafito es mezclado con arcilla de Mississippi y se agrega hidróxido de amonio para el proceso de purificación. Enseguida se agregan agentes humectantes como sebo sulfatado, es decir, grasas

animales tratadas con ácido sulfúrico. Luego de pasar por numerosas máquinas, la mezcla finalmente aparece nuevamente en forma de una interminable extrusión —semejante a la de una fábrica de cecinas— que es dimensionada, secada y luego recocida en un horno durante horas a 1850 grados F. Para aumentar su resistencia y suavidad, las minas son enseguida tratadas con una mezcla que incluye cera candelilla de México, parafina en pasta y grasas naturales hidrogenizadas.

Mi parte de cedro recibe seis capas de barniz. ¿Conocen ustedes todos los ingredientes del barniz? ¿Quién pensaría que los cultivadores de ricino y los refinadores de aceite de ricino juegan su papel en esto? Así es. Y vean, incluso, la preparación del hermoso barniz que me recubre requiere de la intervención de mayor número de personas de las que pudieran enumerarse.

Veamos la etiqueta. Se trata de una película que se forma al aplicar calor a negro de hulla mezclado con resinas. ¿Cómo se fabrican las resinas, y qué —me pregunto— es el negro de hulla?

Mi pequeña parte matálica —el casquillo— es de bronce. Piensen ustedes en todas las personas que extraen zinc y cobre de la tierra y en aquellas que poseen la capacidad de fabricar relucientes láminas de bronce a partir de esos productos de la naturaleza. Esos anillos negros en mi casquillo son de níquel negro. ¿Qué es el níquel negro y cómo se lo aplica? La historia completa que explica por qué el centro de mi casquillo no tiene níquel negro necesitaría de varias páginas para ser escrita.

Luego tenemos mi gloriosa corona, que, en términos comerciales, recibe el poco elegante nombre de "goma", y es aquella parte que el hombre emplea para borrar los errores que comete conmigo. Un ingrediente llamado "factice" es lo que realmente cumple la tarea de borrar. Es un producto semejante al caucho, obtenido de la reacción del aceite de naba, procedente de las Indias Orientales Holandesas, con cloruro de sulfuro. El caucho, al contrario de lo que suele pensarse, sólo sirve de aglutinante. También intervienen en el proceso innumerables agentes aceleradores y vulcanizadores. La piedra pómez procede de Italia; y el pigmento que confiere a "la goma" su color característico es el sulfuro de cadmio.

Nadie Sabe

¿Desea alguien contradecir mi afirmación anterior, en el sentido de que ni un solo individuo sobre la tierra sabe cómo hacerme?

En verdad, son millones de seres humanos los que han participado de alguna forma en mi creación, ninguno de los cuales conoce más que a unos pocos de sus colegas. Ahora bien, ustedes podrían decir que voy demasiado lejos al incluir entre mis antepasados al cosechador de café del lejano Brasil y a quienes cultivan alimentos en otras latitudes. Ustedes podrían decir que eso constituye una posición extrema. Pero insistiré en mi afirmación. Entre todos esos mi-

lones de seres no hay uno solo, incluyendo al presidente de la empresa fabricante de lápices, que aporte más que una porción mínima, infinitesimal, de know-how a mi nacimiento. Desde el punto de vista del know-how, la única diferencia entre el minero de grafito en Sri Lanka y el talador de bosques en Oregon es el tipo de know-how que cada cual aporta. Ni el minero ni el maderero aportan más que una pizca de conocimiento, ocurriendo lo mismo con el químico de la fábrica de lápices o el trabajador del campo petrolero, recordando que la parafina en pasta es un subproducto del petróleo.

Aquí tenemos un hecho sorprendente: ni el trabajador del campo petrolero ni el químico ni el minero de grafito o de arcilla, ni cualquiera de los que tripulan los barcos, trenes y camiones en que se me transporta, ni aquel que maneja la máquina que stampa mi trocito de metal, ni el presidente de la empresa de lápices, realizan su particular tarea porque me desean. Cada uno de ellos probablemente me quiera menos que un niño de primer año de enseñanza. En efecto, entre esa vasta multitud incluso hay quienes jamás han visto siquiera un lápiz y que no sabrían cómo emplearlo. Sus motivaciones nada tienen que ver conmigo. Tal vez sea algo como lo siguiente: cada uno de esos millones tal vez encuentra en este proceso la posibilidad de intercambiar su pequeño know-how por los bienes y servicios que desea o necesita. Yo puedo estar o no estar entre esos bienes.

Nada de Cerebro Maestro

Hay un hecho todavía más sorprendente: La ausencia de una mente maestra, de alguien que dicte o dirija por la fuerza esas incontables acciones que me llaman a la vida. No puede hallarse traza de dicha persona. En su lugar encontramos operando a la Mano Invisible. Ese es el misterio a que aludía anteriormente.

Se ha dicho que "sólo Dios puede hacer un árbol". ¿Por qué estamos de acuerdo con eso? ¿No es acaso porque nos percatamos de que por nuestra cuenta no podríamos hacer uno? En efecto ¿somos siquiera capaces de describir un árbol? No podemos, salvo en términos superficiales. Podemos decir, por ejemplo, que determinada conformación molecular se manifiesta a sí misma como árbol. ¿Pero cuál mente de entre las humanas sería capaz de registrar, para no hablar de producir, los constantes cambios moleculares que acontecen durante la vida de un árbol? Eso es absolutamente impensable.

Yo, el lápiz, soy una compleja combinación de milagros: un árbol, cobre, zinc, grafito y otras cosas. Pero a esos milagros manifestados en la naturaleza se ha sumado un milagro todavía mayor: la configuración de energías creativas del hombre —millones de pequeños know-hows que se configuran de modo natural y espontáneo en respuesta a las necesidades y deseos humanos y en ausencia de un cerebro maestro central humano. Dado que sólo Dios puede hacer

un árbol, insisto en que sólo Dios podría haberme hecho a mí. El hombre no puede encauzar esos millones de know-hows para lograr mi nacimiento, como tampoco puede ordenar millones de moléculas para crear un árbol.

Lo anterior es el significado de lo que quería decir cuando afirmé que, "si pueden llegar a tener conciencia del milagro que yo represento, pueden también contribuir a salvar la libertad de la especie, que se está perdiendo de modo tan desalentador". Pues si uno tiene conciencia de que esos know-how se dispondrán naturalmente —sí, automáticamente— en forma de esquemas o de moldes creativos y productivos en respuesta a las necesidades y demandas humanas —eso es, en ausencia de una manipulación gubernativa o de cualquier otra fuerza coercitiva—, entonces uno poseerá un ingrediente absolutamente esencial para la libertad: la fe en un hombre libre. La libertad es imposible sin dicha fe.

Una vez que un gobierno se ha hecho del monopolio de una actividad creativa como, por ejemplo, el despacho de la correspondencia, la mayoría de los individuos comenzará a pensar que la correspondencia no podrá ser eficientemente despachada por hombres que actúan libremente. Y aquí está el motivo: Cada uno reconoce que él solo no sabe hacer todas las cosas que inciden en el despacho de la correspondencia o correo. También reconoce que ningún otro individuo podría hacerlo. Esas presunciones son correctas. Ningún individuo posee know-how suficiente para cumplir con el despacho de la correspondencia de todo un país, del mismo modo como ningún individuo posee know-how suficiente para fabricar un lápiz. Ahora bien, en ausencia de la fe en el hombre libre —en el desconocimiento de que millones de pequeños know-hows se formarán y cooperarán milagrosa y naturalmente para satisfacer dicha necesidad— el individuo no podrá sino llegar a la errada conclusión de que el correo puede ser despachado sólo por un "cerebro maestro" gubernamental.

Testimonio

Si yo, el lápiz, fuera el único ítem que pudiera prestar testimonio acerca de lo que los hombres pueden lograr cuando son libres, entonces aquellos hombres de poca fe tendrían una discusión fácil. Sin embargo, los testimonios sobran. El despacho del correo es extraordinariamente simple cuando se lo compara con, por ejemplo, la fabricación de un automóvil o de una calculadora o de una seleccionadora de granos o de un molino o de decenas de miles de otros objetos. ¿Despacho? Bueno, en esa área y cada vez que los hombres han tenido libertad para llevar a cabo sus ideas, se ha logrado transmitir la voz humana por todo el orbe en menos de un segundo; se puede despachar imágenes y sonidos directamente a la casa de cada individuo; se puede despachar a 150 pasajeros de Seattle a Baltimore en menos de cuatro horas; se puede despachar gas natural de

Texas al hornillo o cocina de cualquier individuo en Nueva York a precios increíblemente bajos y sin subsidio; se puede despachar cuatro libras de petróleo del Golfo Pérsico a la costa oriental de los Estados Unidos —media vuelta al mundo— por menos dinero del que cobra el estado por despachar una carta ligera de un lado de la calle al otro.

La lección que yo puedo enseñar es la siguiente: ¡Dejad sin inhibir todas las energías creativas! Hay que limitarse a organizar la sociedad para que actúe en armonía con ese precepto. Dejemos que el aparato legal de la sociedad despeje todos los obstáculos lo mejor que pueda. Permitamos que los diversos know-hows creativos fluyan sin interrupción. Tengamos fe en que los hombres libres responderán a la Mano Invisible. Esa fe se verá compensada. Yo, el lápiz, con todo lo simple que aparentemente soy, ofrezco el milagro de mi creación como testimonio de que esto es una fe práctica, tan práctica como el sol, la lluvia, un cedro o la buena tierra.